

## Una señal luminosa \*

Afirma un antiguo escritor cristiano que la Iglesia está formada por « una muchedumbre reunida por la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo »:<sup>1</sup> una muchedumbre que constituye una familia, la familia de los hijos de Dios, a la que todos los hombres y mujeres están llamados a pertenecer.

En esta familia, el Papa es cabeza visible en la tierra, el « principio y fundamento de la unidad de la fe y de la comunión »: en una palabra, el padre común de los cristianos. La unión con el Papa es, por este motivo, un rasgo esencial en la vida cristiana. Unión que ha de ser efectiva y afectiva. Efectiva por la obediencia y afectiva por el amor.

He tenido la inmensa fortuna de aprender esta unión, gracias a la palabra y el ejemplo de un hombre santo: el Beato Josemaría Escrivá de Balaguer, Fundador del Opus Dei, elevado a los altares por Juan Pablo II, el 17 de mayo de 1992. A su lado he respirado un clima de estrechísima unidad con el Romano Pontífice, que transmitía a quienes le rodeábamos con el calor que se trasluce en estas palabras suyas: « Tu más grande amor, tu mayor estima, tu más honda veneración, tu obediencia más rendida, tu mayor afecto ha de ser también para el Vice-cristo en la tierra, para el Papa. Hemos de pensar los católicos que, después de Dios y de nuestra Madre la Virgen Santísima, en la jerarquía del amor y de la autoridad, viene el Santo Padre ».<sup>3</sup>

En 1943 me envió a Roma con el fin de presentar en la Santa Sede los documentos necesarios para obtener la primera aprobación pontificia del Opus Dei. Tuve entonces la dicha de ser recibido por el Papa Pío XII, y quedó grabado en mi alma el recuerdo imborrable de sus palabras de aliento y, sobre todo, la emoción de haber estado

\* Pubblicato in *Del temor a la esperanza*, vol. II, Solviga, Madrid 1993, 27.

<sup>1</sup> SAN CIPRIANO, *De orat. dom.* 23.

<sup>2</sup> *Lumen gentium*, n. 18.

<sup>3</sup> *Forja*, n. 135.

con el Vicario de Cristo en la tierra. Lo mismo sucedió, años después, cuando acompañé al Fundador del Opus Dei en diversas audiencias privadas que le concedieron los papas Juan XXIII y Pablo VI; debo decir, no obstante, que de estas ocasiones recuerdo más su intensa y visible conmoción que la mía.

He querido rememorar estos recuerdos sólo para explicar que la impresión más viva que conservo de mis encuentros con Juan Pablo II ha sido la de encontrarme como ante la misma persona que los Pontífices anteriores: ante el Papa, ante el Vicario de Cristo. Esta identificación de la persona con la misión de Sucesor de Pedro hace que todo lo demás —las diferencias de personalidad o de carácter— quede muy en segundo plano.

Deseo, además, señalar brevemente algunos rasgos que resaltan en Juan Pablo II, y que pienso que se pueden resumir evocando las figuras de los dos Apóstoles que lleva en su nombre. El día de su elección, no causó sorpresa que deseara llamarse como su predecesor, Juan Pablo I, como expresión de afecto y del deseo de continuidad. Sin embargo, pasados tres lustros, aquella decisión se nos presenta con un significado nuevo, en cierto modo profético.

Juan es el Apóstol del amor, argumento recurrente de sus cartas. « Carísimos, amémonos los unos a los otros, porque el amor viene de Dios... Quien no ama no conoce a Dios porque Dios es amor... Si alguno dice "amo a Dios", y aborrece a su hermano, es un embustero..." (*1 Jn* 4, 7-20). El amor a Dios y a los demás es también el hilo de oro de la predicación del Papa: el amor cristiano, que unas veces se traduce en la defensa de la dignidad de cada hombre —sobre todo, de los más débiles, de los pobres y enfermos—, en la protección de la vida humana desde el inicio hasta su terminación, o en la promoción de la paz y de la justicia; en sus enseñanzas sobre el amor conyugal, la fidelidad, la entrega a los demás venciendo el egoísmo; en sus consideraciones acerca del valor de la vocación a la virginidad y al celibato, como expresiones altísimas del amor divino y de la amorosa correspondencia humana... La Iglesia sabe que, para construir una civilización del amor, es necesario que el amor reine en los corazones. Y el secreto para lograrlo —secreto que Juan Pablo II difunde y promueve por doquier, con-

tra viento y marea — es el encuentro personal de cada hombre y de cada mujer con Cristo.

Este amor, no sólo predicado sino vivido en primera persona, es también la raíz del ímpetu evangelizador que mueve al Papa, como al Apóstol Pablo, a emprender viajes agotadores por todo el mundo, y a un trabajo diario extenuante para llevar la cruz de Cristo a todas las gentes. Recuerdo que en una ocasión, hace varios años, me recibió en audiencia a última hora de la tarde. Cuando llegó a la sala donde le esperaba, advertí que caminaba con fatiga, y que el rostro sereno dejaba traslucir la huella del cansancio. Al hacérselo notar con respeto, su respuesta fue: *si a estas horas del día no estuviera cansado, significaría que no habría cumplido mi deber*. Estas palabras traen a mi memoria lo que San Pablo escribía a los cristianos de Corinto: « muy gustosamente me gastaré y desgastaré por vuestras almas. Si os amo más, ¿seré yo menos amado? » (1 Cor 12, 15). Verdaderamente, con su entrega sin límites a la misión de servicio que Dios le ha confiado, Juan Pablo II remueve los corazones de los cristianos y de millones de personas de buena voluntad.

La figura de Juan Pablo II es un gran motivo de agradecimiento a Dios y de esperanza para la Iglesia y para la humanidad entera. Algunos se empeñan en describir nuestra época como el anochecer de la era cristiana, a pesar de que no faltan señales que anuncian el comienzo de una nueva aurora. Como alguien ha señalado, incluso los no católicos advierten que, cuanto más se descristianiza la sociedad, más claro aparece que necesitamos de la fe cristiana para vivir de modo plenamente humano. Pero es innegable que en el mundo hay oscuridad, porque la fe ha dejado de iluminar la conducta de no pocos cristianos y las costumbres de enteros sectores de la vida social. En esta oscuridad se pueden tener los ojos abiertos o cerrados. Quien los abra, reconocerá en la figura de Juan Pablo II una señal luminosa de que, al final del segundo milenio cristiano, está amaneciendo un nuevo día.